

PRESENTACIÓN

por Pablo González Casanova

SALVADOR ALLENDE

VOZ VIVA DE AMÉRICA LATINA

DIRECCIÓN GENERAL DE DIFUSIÓN CULTURAL

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

PRESENTACIÓN

por Pablo González Casanova

CARA I
Duración: 17' "Un hombre solo no vale nunca más que un pueblo entero; pero hay hombres que no se cansan, cuando su pueblo se cansa, y que se deciden a la guerra antes que los pueblos, porque no tienen que consultar a nadie más que a sí mismos, y los pueblos tienen muchos hombres y no pueden consultarse tan pronto." Ese fue el mérito de Bolívar, a juicio de Martí y ese el de Salvador Allende, símbolo de las luchas de la clase obrera chilena por el socialismo y la liberación.

Salvador Allende parecía siempre como si estuviera esperando la hora de dirigirle la palabra a las masas. Su voz contenida y baja tenía una inmensa posibilidad de expresión. Pero Allende era mucho más que un orador, mucho más que un líder de masas. Hecho a la política parlamentaria, brillante en el discurso, vital en la tribuna o la plaza, Allende no sólo fue un gran político de la izquierda chilena, y un gran presidente, sino un revolucionario. Le enseñó a la clase obrera a luchar por el poder, y él mismo dio un combate resuelto para que la clase obrera alcanzara el poder. Usó la palabra como anuncio exacto de la acción. Y la cumplió hasta el heroísmo.

A lo largo de la vida de Allende en él se advirtió un esfuerzo constante de superación, un ir más allá de su propia clase, más allá de su propia profesión, más allá de su experiencia política y como en busca del contenido profundo de las formas legales.

Ir más allá de sí mismo y de las propias palabras, de donde se parte y de un mero decir, fue característica constante en la personalidad de Allende.

Nacido a principios de siglo en una familia de clase media —el padre de Allende era notario—, y educado con una perspectiva liberal, como estudiante pronto se ligó a los grupos de izquierda de la Universidad. Con ellos dio todas las batallas posibles y se negó a dar las que sólo constituían declaraciones emocionales o exageraciones verbales. Como presidente del Centro de Estudiantes de Medicina y vice-presidente de la Federación de Estudiantes de Chile, el joven luchador fue expulsado de la universidad y hecho prisionero por sus actividades revolucionarias. En medio de esa y otras persecuciones, se hizo médico y ejerció la medicina, dedicado siempre a las actividades políticas. En 1933 participó en la fundación del *Partido Socialista de Chile*, un partido que postuló desde el principio la ideología

marxista y el internacionalismo proletario, y que fue estrechando cada vez más sus vínculos y alianzas con el mundo socialista y con los comunistas. En el partido hizo carrera desde los puestos más bajos hasta llegar a Secretario General. En su profesión, aparte del ejercicio diario escribió un libro sobre *La realidad médica social en Chile*, dirigió varias revistas de la especialidad, una dedicada a la medicina social, y fue presidente de la Asociación Médica. En 1937 inició su carrera parlamentaria. Fue elegido diputado de Valparaíso. Dos años después, durante el gobierno del Frente Popular presidido por Pedro Aguirre Cerda, ocupó el Ministerio de Salud Pública, y desde ahí desplegó una intensa labor. En esa época se casó con Hortensia Bussi, hoy conocida por la movilización de la opinión pública mundial en favor del pueblo chileno.

Del Frente Popular, Allende guardó siempre la idea de que "la lucha esencial en los países capitalistas dependientes o "en vías de desarrollo" es la lucha anti-imperialista", y la convicción de que la unidad del pueblo y sus organizaciones es apremiante para alcanzar el éxito.

Allende fue varias veces senador en representación de distintas provincias —desde Chiloé hasta Antofagasta—. En 1967 ocupó la presidencia del Senado.

En su larga tarea legislativa —de más de treinta años— presentó diversos proyectos de ley. Uno de ellos fue especialmente importante: el proyecto de nacionalización del cobre, mineral sobre el que descansa en gran parte la economía chilena, y propiedad de los monopolios extranjeros. Por ese proyecto de nacionalización lucharía desde 1952 —en que una coalición de izquierda encabezada por el Partido Socialista y el Partido Comunista, lanzó su candidatura a la presidencia de la república— hasta que logró que fuera aprobado, siendo ya presidente, tras su cuarta postulación.

A fines de 1969 la Unidad Popular, integrada por el Partido Socialista, el Partido Comunista, y otros partidos y organizaciones radicales, social-demócratas y de izquierda cristiana, lanzó nuevamente como su candidato a la presidencia al Dr. Salvador Allende. En ese momento la izquierda chilena ya no sólo pugnaba por una política de nacionalizaciones dentro del capitalismo. Se proponía acabar

con el propio capitalismo, fuente de la dependencia, la desigualdad, la miseria y explotación de la mayoría del pueblo chileno.

El proyecto de la Unidad Popular llamó la atención en el mundo entero: era el de un camino pacífico, legal al socialismo.

El descrédito de todas las fuerzas contrarias, "desarrollistas" y "demócrata-cristianas", así como la crisis en que se encontraba Chile, y la creciente esperanza en un gobierno y un sistema socialista permitieron a la Unidad Popular ganar las elecciones.

El viejo proyecto cultivado durante años por las organizaciones más significativas de la clase obrera pareció próximo a su realización. Allende luchó denodadamente por realizarlo. Libró un combate simultáneo, difícilísimo, por la democracia y el socialismo. Usó todos los recursos jurídicos y políticos a su alcance. Nacionalizó la minería del cobre, la del hierro, el salitre y el carbón. Expropió a los grandes latifundistas para entregar las tierras a los campesinos. Y al mismo tiempo logró un notable crecimiento de la actividad económica y social: el desempleo bajó al 3%, y el 99% de los niños pudieron encontrar una plaza en la escuela. Todo ocurrió en medio de uno de los planes más agresivos en la historia de las oligarquías latinoamericanas y del imperialismo norteamericano. Éstos, primero se propusieron que Allende no llegara al poder, ¡y con qué recursos! Cuando les resultó imposible organizaron cuidadosamente su derrocamiento.

Las leyes mismas del capitalismo se movieron contra el gobierno de la Unidad Popular: fuga de capitales, inflación, inestabilidad monetaria, especulación, acaparamiento. Al nivel político, presiones, rumores, críticas de ruptura, de impugnación, de detracción, sabotaje en aparatos de gobierno —desde el legislativo, pasando por los órganos del propio ejecutivo y los tribunales, hasta el ejército, muchos de cuyos jefes habían sido formados en las escuelas del imperio y forjados en la historia brutal del oligarca, escondido en el mito.

Sobre las tendencias naturales del propio capitalismo, y las respuestas de la oligarquía, la burguesía y los sectores más reaccionarios, el imperialismo y sus aliados internos montaron un plan de "desestabilización", de intervención global, cruenta, calculada, destinado a acrecentar todos los puntos críticos y a agitar en gran escala las contradicciones, todo a modo de llevar al gobierno al fracaso y de obligar al presidente a torcer el rumbo y transar, o a dimitir, o a suicidarse, o a huir, y en última instancia destinado a provocar un golpe de Estado o una guerra civil.

Si el plan fue negado durante su ejecución y poco después, a la postre el jefe de la CIA reconoció ante el Congreso de los Estados Unidos que su organización había trabajado en la gran conjura. Más tarde el propio presidente de los Estados Unidos admitió la intervención. Fue ésta un caso acabado de macro-manipulación destinada a quitar el máximo de bases sociales al gobierno, en especial las capas medias, y a establecer una formación político-militar que auxiliara a las fuerzas del imperio y la oligarquía.

En el plan desestabilizador jugaron papeles significativos los gremios profesionales, los gremios de propietarios de autobuses y comercios, los medios de comunicación de masas, que reclamaron con aire de "justa indignación" la libertad de conspirar; los militares golpistas que se fueron apoderando del ejército, y todos los grupos reaccionarios y fascistas de los partidos tradicionales y la democracia cristiana. Con ellos, los conjurados irritaron el ambiente y realizaron múltiples acciones de sabotaje tendientes a provocar la inestabilidad

del gobierno y a demostrar su incapacidad de controlar la vida económica, social y política. Sembraron el terror en la vida cotidiana y en los hombres simples.

Con esos grupos y el uso abundante de agentes disfrazados de civil, que empleaban lenguajes ultra-revolucionarios para descalificar a los partidos y líderes de la Unidad Popular, al tiempo que enconaban las diferencias tácticas revolucionarias, lograron acentuar las divisiones de la izquierda, y llegaron incluso a movilizar algunos núcleos de trabajadores, como si quisieran mostrar que la propia clase obrera estaba contra su gobierno.

La preparación psicológica de la formación reaccionaria fue labor primordial de los golpistas. Adiestraron su voluntad y ánimos para la guerra interna contra el pueblo chileno, tachado de "irresponsable", cosificado, deshumanizado, convertido mentalmente en fiera presa.

El gobierno pudo resistir tres años. Lo que es más, cuando las elecciones municipales de 1973, logró votación mayor que la de 1970, hecho sin precedente en la historia de los gobiernos chilenos. Pero no cabe duda que durante ese tiempo, el gobierno perdió parte importante de las fuerzas sociales que originalmente lo apoyaban, o toleraban —en especial de la pequeña burguesía y las clases medias, víctimas después del golpe que ellas mismas contribuyeron a forjar.

El gobierno perdió posiciones de mando en el propio ejército, cuyos oficiales progresistas fueron privados de los altos puestos y el mando de tropas, mientras otros eran depurados. En junio de 1973 hubo un intento de golpe que sirvió como ensayo. Permitió a los conjurados conocer quiénes eran sus amigos para exaltarlos, y cuáles sus enemigos para desplazarlos o ficharlos en espera del golpe final. Ocurrió éste el 11 de septiembre de 1973 —día ominoso—. En la madrugada misma los golpistas fusilaron y asesinaron en los cuarteles a los oficiales y soldados amigos del pueblo, leales al gobierno, víctimas ellos mismos de la cultura de la opinión y del mito institucional en que seguían creyendo.

Las diferencias entre la izquierda, las diferencias en el propio seno de la Unidad Popular, las diferencias en la conciencia y perspectiva revolucionaria del propio proletariado chileno fueron determinantes para la derrota del gobierno. Con ellas tal vez uno de los elementos más importantes de la tragedia fue la dificultad de cambiar una mentalidad y una cultura hechas por años y años a las presiones y la protesta, como lucha legal o resistencia violenta más decidida al sacrificio que a alentar la movilización de fuerzas populares, efectiva, organizada y auxiliada por militares demócratas y revolucionarios para imponer ley, libertad y revolución, contra quienes violaban paladinamente las leyes, y anunciaban en todos sus actos el mito de sus creencias, y su profunda decisión de ejercer y practicar la violencia máxima.

Ese cambio de mentalidad no se pudo dar. No fue posible tomar a tiempo las medidas que tarde se lamentaron. Ni el pueblo como conjunto de consultas propias, ni la inmensa mayoría de sus organizaciones pudieron aconsejarse y hacerse a defender la ley con la fuerza, menos a emplear la fuerza y las armas frente al proyecto proditorio de la oligarquía y el imperialismo. La necesidad pareció destino, el conocimiento, inútil. Ya tarde, en algunos barrios populares, en algunos cordones industriales, los obreros resistieron prefiriendo morir antes que darse por vencidos. El presidente Allende de su lado dio

alto ejemplo de heroísmo. Asediado en el palacio de gobierno llamado de "La Moneda", prefirió morir con las armas en la mano antes que rendirse. Durante siete horas luchó con un pequeño grupo de partidarios contra fuerzas infinitamente superiores: tanques, aviones, artillería de grueso calibre. Murió como ningún presidente latinoamericano, investido de los símbolos que le diera el pueblo, las armas en la mano, el palacio incendiado y deshecho, vivo el proyecto de defensa de la ley para el programa popular, y naciendo una nueva historia que escribirían, según pensaba, América y su pueblo.

Allende había dicho que él sabría comportarse como un revolucionario: "¡a la violencia contrarrevolucionaria, dijo, el pueblo chileno responderá con la violencia revolucionaria!". No se cansó de sus palabras. Dos años antes había asegurado sereno, con su énfasis serio: "... Se los digo con calma, con absoluta tranquilidad. Yo no tengo pasta de apóstol ni tengo pasta de Mesías. No tengo condiciones de mártir. Soy luchador social que cumple una tarea, la tarea que el pueblo me ha dado. Pero que lo entiendan aquéllos que quieren retrotraer la historia y desconocer la voluntad mayoritaria de Chile: sin tener carne de mártir no daré un paso atrás. Que lo sepan: dejaré la Moneda cuando cumpla el mandato que el pueblo me diera. Que lo sepan, que lo oigan, que se les grabe profundamente: defenderé esta revolución chilena y defenderé el gobierno Popular, porque es el mandato que el pueblo me ha entregado. No tengo otra alternativa. Sólo acribillándome a balazos podrán impedir la voluntad que es hacer cumplir el programa del pueblo."

Salvador Allende fue "un hombre profundamente humano". Fue un hombre de honor. Dijo lo que pensaba. Hizo lo que dijo. Igualó con sus actos las palabras. En la historia de la cultura latinoamericana acabó con la fraseología, haciendo de la persuasión y la retórica, la figura exacta de la conducta. "El presidente Allende —proclamó Fidel Castro en el acto póstumo que organizó el pueblo cubano— ¡no le falló a su pueblo chileno! ¡Del mismo modo, el pueblo chileno no le fallará al presidente Allende! ¡Los revolucionarios chilenos no le fallarán al presidente Allende! ¡Y sobre todo escucharán sus llamados a la unión más estrecha para llevar adelante la lucha libertadora!".

"Que lo sepan, que lo oigan, que se les grabe profundamente".

GUADALAJARA, Jal., diciembre 2 de 1972
Dr. Salvador Allende,
Presidente de la República de Chile.
Palabras pronunciadas en el auditorio central del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara.

—¡Viva México! (VOCES: ¡Viva!), —¡Viva Chile! (VOCES: ¡Viva!), —¡Viva Latinoamérica unida! (VOCES: ¡Viva!).

Qué difícil es para mí poder expresar lo que he vivido y sentido en estas breves y largas horas de convivencia con el pueblo mexicano, con su Gobierno. Cómo poder traducir lo que nosotros, integrantes de la delegación de nuestra patria, hemos recibido en generosa entrega y como aporte solidario a nuestro pueblo en la dura lucha en que está empeñado.

Yo, más que otros, sé perfectamente bien que esta actitud del pueblo de México nace de su propia historia. Y aquí se ha recordado ya cómo Chile estuvo presente junto a Juárez, el hombre de la Independencia mexicana proyectada en ámbito continental; y cómo entendemos perfectamente bien que además de esta raíz común, que antes fuera frente a los conquistadores, México es el primer país de Latinoamérica que en 1938, a través de la acción de un hombre preclaro de esta tierra y de América Latina, nacionaliza el petróleo a través de la acción del General, Presidente Lázaro Cárdenas.

Por eso ustedes, que supieron del ataque alevé, tuvieron que sentir el llamado profundo de la patria en un superior sentido nacional; por eso ustedes, que sufrieron largamente el embate de los intereses heridos por la nacionalización; por eso ustedes, más que otros pueblos de este Continente, comprenden la hora de Chile, que es la misma que ustedes tuvieron en 1938 y los años siguientes. Por eso es que la solidaridad de México nace en su propia experiencia y se proyecta con calidad fraternal frente a Chile, que está hoy realizando el mismo camino liberador que ustedes.

Quiero agradecer las palabras del ingeniero Ignacio Mora Luna, a nombre de los profesores de la Universidad de Guadalajara; las del licenciado Enrique Romero González, a nombre de las autoridades universitarias, y las del compañero Guillermo Gómez Reyes, Presidente de la Federación de Estudiantes de esta Universidad.

Bien decía el Presidente Echeverría, cuando él señalaba que en este viaje era conveniente que llegara a conocer la provincia, y eligiera a Jalisco, y me hablara de Guadalajara y de su Universidad. Yo se lo agradecí, y ahora —por cierto— se lo agradezco más. Porque si hemos recibido el afecto cálido del pueblo mexicano, de sus mujeres y de sus hombres, ¡qué puede significar más que estar junto a la juventud, y sentir como ella late y presurosamente, con una clara conciencia revolucionaria y anti-imperialista!

Desde que llegara cerca de esta Universidad, ya comprendía perfectamente bien el espíritu que hay en ella, en los letrados de saludo a mi presencia aquí, tan solo como mensajero de mi pueblo, yo ya veía esta definición.

Esta no es una Universidad tradicional; esta no es —y es bastante para muchas universidades de nuestro Continente— una Universidad que haya hecho la reforma: ¡yo creo que esta es una Universidad comprometida con el pueblo, con los cambios, con la lucha por la independencia económica y por la plena soberanía de nuestros pueblos.

Y porque una vez fui universitario, hace largos años, por cierto —no me pregunten cuántos—; porque pasé por la Universidad, no en búsqueda de un título solamente; porque fui dirigente estudiantil y porque fui expulsado de la Universidad puedo hablarles a los universitarios a distancia de años; pero yo sé que ustedes saben que no hay querella de generaciones: hay jóvenes viejos y viejos jóvenes, ¡y en éstos me ubico yo!

Hay jóvenes viejos que no comprenden que ser universitario, por ejemplo, es un privilegio extraordinario en la inmensa mayoría de los países de nuestro Continente. Esos jóvenes viejos creen que la Universidad se ha levantado como una necesidad para preparar técnicos y que ellos deben estar satisfechos con adquirir un título profesional. Les da rango social y el arribismo social, ¡caramba.

qué dramáticamente peligroso! les da un instrumento que les permite ganarse la vida en condiciones de ingresos superiores a la mayoría del resto de los conciudadanos.

Y estos jóvenes viejos, si son arquitectos, por ejemplo, no se preguntan cuántas viviendas faltan en nuestros países y, a veces, ni en su propio país. Hay estudiantes que con un criterio estrictamente liberal, hacen de su profesión el medio honesto para ganarse la vida; pero básicamente en función de sus propios intereses.

Allá hay muchos médicos —y yo soy médico— que no comprenden o no quieren comprender que la salud se compra, y que hay miles y miles y miles de hombres y mujeres en América Latina que no pueden comprar la salud; que no quieren entender, por ejemplo, que a mayor pobreza mayor enfermedad, y a mayor enfermedad mayor pobreza y que, por lo tanto, si bien cumplen atendiendo al enfermo que demanda sus conocimientos sobre la base de los honorarios, no piensan en que hay miles de gentes que no pueden ir a sus consultorios, y son pocos los que luchan porque se estructuren los organismos estatales para llevar la salud ampliamente al pueblo.

De igual manera que hay maestros, que no se inquietan en que haya también cientos y miles de niños y de jóvenes, que no pueden ingresar a las escuelas. Y el panorama de América Latina es un panorama dramático en las cifras, de su realidad dolorosa.

Llevamos, casi todos los pueblos nuestros, más de un siglo y medio de independencia política, ¿y cuáles son los datos que marcan nuestra dependencia y nuestra explotación? Siendo países potencialmente ricos, la inmensa mayoría somos pueblos pobres.

En América Latina, Continente de más de 220 millones de habitantes, hay cien millones de analfabetos y semianalfabetos. En este Continente hay más de 30 millones de cesantes absolutos, y la cifra se eleva por sobre 60 millones, tomando en consideración aquellos que tienen trabajos ocasionales.

En nuestro Continente el 53% de la población según algunos, y según otros el 57%, se alimenta en condiciones por debajo de lo normal. En América Latina faltan más de 28 millones de viviendas.

En estas circunstancias, cabe preguntar, ¿cuál es el destino de la juventud?, porque este Continente es un Continente joven. El 51% de la población de América Latina está debajo de los 27 años, y por eso puedo decir —y ojalá me equivoque— que ningún gobierno —e incluyo, por cierto, el mío y todos los anteriores de mi patria, ha podido solucionar los grandes déficits, las grandes masas de nuestro Continente en relación con la falta de trabajo, la alimentación, la vivienda, la salud. ¡Para qué hablar de la recreación y del descanso!

En este marco que encierra y aprisiona a nuestros pueblos hace un siglo y medio, es lógico que tengan que surgir, desde el dolor y el sufrimiento de las masas, en anhelos de alcanzar niveles de vida y existencia y de cultura, que sea antihumano, y antisocial se le niega al hombre genéricamente hablando.

Si hoy tenemos las cifras que aquí he recordado, ¿qué va a ocurrir si las cosas no cambian cuando seamos 300 o 600 millones de habitantes? En un Continente en donde la explosión demográfica está destinada a compensar la alta mortalidad infantil, los pueblos así se defienden; pero a pesar de ello aumenta vigorosamente la población de nuestros países, y el avance tecnológico en el campo

de la medicina ha elevado —y también al mejorarse condiciones de vida—, ha mejorado el promedio de nuestra existencia que, por cierto, es muy inferior al de los países del capitalismo industrial y a los países socialistas.

Pero si ningún gobierno de este Continente —democrático, los hay pocos, pseudodemocráticos hay más, dictatoriales también los hay— ningún gobierno ha sido capaz de superar los grandes déficits, reconociendo, por cierto, que han hecho esfuerzos indiscutiblemente laudatorios por gobierno, y especialmente por los gobiernos democráticos, porque escuchan la voz, la protesta, el anhelo de los pueblos mismos para avanzar en la tentativa frustrada, y hacer posible que estos déficits no sigan pesando sobre nuestra existencia.

¿Y por qué sucede esto? Porque somos países monoprodutores en la inmensa mayoría: somos los países del cacao, del banano, del café, del estaño, del petróleo o del cobre. Somos países productores de materias primas e importadores de artículos manufacturados; vendemos barato y compramos caro.

Nosotros, al comprar caro estamos pagando el alto ingreso que tiene el técnico, el empleado y el obrero de los países industrializados. Además, en la inmensa mayoría de los casos, como las riquezas fundamentales están en manos del capital foráneo, se ignoran los mercados, no se interviene en los precios, ni en los niveles de producción. La experiencia la hemos vivido nosotros en el cobre, y ustedes en el petróleo.

Somos países en donde el gran capital financiero busca, y encuentra, por la complacencia culpable muchas veces de gentes que no quieren entender su deber patriótico, la posibilidad de obtenerlo.

Porque ¿qué es el imperialismo, compañeros jóvenes? Es la concentración del capital en los países industrializados que alcanzando la fuerza del capital financiero, abandonan las inversiones en las metrópolis económicas, para hacerlo en nuestros países y, por lo tanto, este capital que en su propia metrópoli tiene utilidades muy bajas, adquiere grandes utilidades en nuestras tierras. Porque, además, muchas veces las negociaciones son entre las compañías que aquí trabajan y las compañías que son dueñas de esta y que están más allá de nuestras fronteras.

Entonces, somos países que no aprovechamos los excedentes de nuestra producción, y este Continente ya conoce, no a través de los agitadores sociales con apellido político, como el que yo tengo de socialista, sino a través de las cifras de la Cepal, organismo de las Naciones Unidas, que en la última década, no pudo exactamente decir si del 50 al 60 o del 56 al 66, América Latina exportó mucho más capital que los que ingresaron a ella.

De esta manera se ha ido produciendo una realidad que es común en la inmensa mayoría de todos nuestros pueblos: somos países ricos potencialmente, y vivimos como pobres. Para poder seguir viviendo, pedimos prestado. Pero al mismo tiempo somos países exportadores de capitales. Paradójica típica del régimen en el sistema capitalista.

Por ello, entonces, es indispensable comprender que dentro de esta estructura, cuando internacionalmente los países poderosos viven y fortalecen su economía de nuestra pobreza, cuando los países financieramente fuertes necesitan de nuestras materias primas para ser fuertes, cuando la realidad de los mercados y los precios lleva a los

CARA III
Duración:
24' 40"

















pueblos de este y otros continentes a endeudarse, cuando la deuda de los países del Tercer Mundo alcanza la fantástica cifra de 95 mil millones de dólares, cuando a mi país, país democrático, con muy sólidas instituciones, país que tiene un Congreso en funciones hace 160 años, país en donde las fuerzas armadas —igual que en México— son fuerzas armadas profesionales, respetuosas de la ley y la voluntad popular cuando mi país, que es el segundo productor de cobre en el mundo y tiene las más grandes reservas de cobre del mundo y tiene la más grande mina de tajo abierta del mundo y la más grande mina subterránea del mundo Chuquicamata y El Teniente; cuando mi país se ha visto obligado a endeudarse con una deuda externa que per cápita que sólo puede ser superado por la deuda que tiene Israel, que podemos estimar que está en guerra; cuando yo debía haber cancelado este año para amortizar y pagar los intereses de esa deuda 420 millones de dólares, que significan más del 30 por ciento del presupuesto de ingresos, uno puede colegir que es imposible que pueda esto seguir y que esta realidad se mantenga.

Si a ello se agrega que los países poderosos fijan las normas de la comercialización, controlan los fletes, imponen los seguros, dan los créditos ligados que implica la obligación de invertir un alto porcentaje en esos países; si además sufrimos las consecuencias que emanan y que cuando los países poderosos o el país más poderoso del capitalismo estima necesario devaluar su moneda, las consecuencias las pagamos nosotros, y si tiembla el mercado del dinero en los países industrializados, las consecuencias son mucho más fuertes, mucho más duras y pesan más sobre nuestros pueblos. Si el precio de las materias primas baja, el precio de los artículos manufacturados, y aun los alimentos, suben; cuando el precio de los alimentos sube, nos encontramos que hay barreras aduaneras que impiden que algunos países que pueden exportar productos agropecuarios, lleguen a los mercados de consumo, de los países industriales.

El caso de mi patria es elocuente: nosotros producimos entre la gran minería que estaba antes en mano del capital foráneo y la pequeña y mediana minería, cerca de 750 mil toneladas de cobre. Entre Zambia, Perú, Zaire y Chile, signatarios de lo que se llama *CIPEC*, entre estos cuatro países se produce el 70 por ciento del cobre que se comercia en el mundo, más de 3 millones de toneladas. Pero el precio del cobre se fija en la bolsa de Londres y se transan tan sólo 200 mil toneladas. Y Chile hace tres años, por ejemplo, tuvo un promedio de precio de la libra de cobre-año, superior a los 62 centavos, y cada centavo que suba o baje el precio de la libra de cobre, significa 18 millones de dólares más o menos de ingreso para nuestro país.

El año 1971 el precio del cobre, del último año de gobierno del Presidente Frei, fue de 59. En el primer año del Gobierno Popular fue tan solo de 49, menos de 49. Este año, seguramente no va a alcanzar más allá de 47.4; pero en valores reales, después de la devaluación del dólar, este promedio será, a lo sumo, de 45. Y el costo de producción nuestro, a pesar de que son minas con un alto porcentaje de riqueza minera y están cerca del mar, bordea los 45 centavos en algunas de ellas; y es, por cierto, más alto por una técnica inferior en la producción de la pequeña y mediana minería.

He puesto este ejemplo porque es muy claro. Nosotros, que tenemos un presupuesto de divisas superior a muchos países latinoame-

ricanos, que tenemos una extensión de tierra que podía alimentar, y debería alimentar, a 20 ó 25 millones de habitantes, hemos tenido que importar, desde siempre —por así decirlo—, carne, trigo, grasa, mantequilla y aceite. 200 millones de dólares al año.

Y desde que estamos en el Gobierno Popular, tenemos que importar más alimentos; porque tenemos conciencia que aun importando como lo hicieron los gobiernos anteriores, 200 millones de dólares al año, en Chile el 48 por ciento de la población se alimentaba por debajo de lo normal.

Y aquí, en esta casa de hermanos, yo, que soy médico, que he sido profesor de medicina social y presidente durante 5 años del Colegio Médico de Chile, puedo dar una cifra que no me avergüenza, pero que sí me duele, en mi patria, porque hay estadísticas y no las ocultamos, hay 600 mil niños que tienen un desarrollo mental por debajo de lo normal. Si acaso, un niño en los primeros ocho meses de su vida no recibe la proteína necesaria para su desarrollo corporal, si ese niño no recibe esa proteína, se va a desarrollar en forma diferente al niño que pudo tenerla, y que lógicamente es casi siempre el hijo de un sector minoritario, de un sector poderoso económicamente. Si ese niño que no recibió la proteína suficiente, después de los ocho meses se le da, puede recuperar y normalizar su desarrollo corporal; pero no puede alcanzar el desarrollo normal de su cerebro.

Por eso muchas veces los maestros o las maestras en su gran labor —yo siempre vinculo a los maestros y a los médicos como profesionales de una gran responsabilidad—, muchas veces los maestros o las maestras ven que el niño no asimila, no entiende, no aprende, no retiene; y no es porque ese niño no quiera aprender o estudiar: es porque cae en condiciones de menor valía, y eso es consecuencia de un régimen y de un sistema social; porque por desgracia, hasta el desarrollo de la inteligencia está marcado por la ingestión de los alimentos, fundamentalmente los primeros ocho meses de la vida. Y cuántas son las madres proletarias que no pueden amamantar a sus hijos, cuando nosotros los médicos sabemos que el mejor alimento es la leche de la madre, y no lo pueden hacer porque vive en las poblaciones marginales, porque sus compañeros están cesantes y por que ella recibe el subalimento, como madre ellas están castigadas en sus propias vidas, y lo que es más injusto, en la vida de sus propios hijos.

Por eso, claro.

Los gobiernos progresistas, como los nuestros, avanzamos en iniciativas que tienen un contenido, pero que indiscutiblemente es un paliativo. Por ejemplo, en mi país está la asignación familiar prenatal; se paga a la mujer que está esperando familia desde el tercer mes del embarazo; se hace real desde el quinto, donde puede comprobarse que efectivamente está esperando familia. Esto tiene un doble objetivo: que tenga un ingreso que se entrega a la madre para que pueda ella alimentarse mejor. Y en la etapa final, comprar algo para lo que podríamos llamar la mantilla, los pañales del niño.

Y, por otra parte, para recibir este estipendio, que es un sobresalario, requiere un control médico y, por lo tanto, obliga a la madre a ir a controlarse. Y en ese caso, si la madre está enferma y es tratada oportunamente, el hijo nace sano. Y, además, se le dan las más elementales nociones de puericultura. Y tenemos la asignación

familiar que se paga también desde que el niño nace, hasta que termina de estudiar, si estudia.

Pero no hemos podido, por ejemplo, nosotros, nivelar la asignación familiar, porque un Congreso que representa, no a los trabajadores en su mayoría, establece, como siempre, leyes discriminatorias. Y en mi patria había asignación familiar diferente para bancarios, para empleados públicos, particulares, fuerzas armadas, obreros y campesinos. Nosotros levantamos la idea justa: una asignación familiar igual para todos. Y eso, con generosidad. Pero pensar que la asignación familiar sea más alta para los sectores que tienen más altos ingresos, es una inconsecuencia y una brutal injusticia.

Hemos logrado nivelar la asignación familiar de obreros, campesinos, fuerzas armadas y empleados públicos, pero queda distante todavía la asignación familiar de empleados particulares, y un sector de ellos. Es un avance, pero no basta, porque si bien es cierto, entregamos mejores condiciones para defender el equilibrio biológico cuando se alimenta mejor el niño; y gracias a esta asignación familiar, también es cierto que el proceso del desarrollo universitario en el caso de la medicina —y lo pongo como ejemplo— conlleva a establecer que nosotros carecemos de los profesionales suficientes para darle atención a todo el pueblo, desde el punto de vista médico.

En Chile hay 4,600 médicos; deberíamos ser ocho mil médicos. En Chile faltan, entonces, tres mil médicos. En Chile faltan más de 6,000 dentistas. En ningún país de América Latina —y lo digo con absoluta certeza— no hay ningún servicio público estatal que haga una atención médica dental con sentido social. Se limitan en la mayoría de los países, si es que tienen esos servicios, a la etapa inicial, previa, básica, simple, sencilla, de la extracción. Y si hay algo que yo he podido ver con dolor de hombre y conciencia de médico, cuando he ido a las poblaciones, es a las compañeras trabajadoras, a las madre proletarias, gritar con esperanza nuestros gritos de combate, y darme cuenta, por desgracia, cómo sus bocas carecen de la inmensa mayoría de los dientes.

Y los niños también sufren esto. Por ello, entonces, y sobre la base tan sólo de estos ejemplos simples, nosotros tenemos que entender que cuando hablamos de una universidad comprometida, no sólo estamos hablando de una universidad que entiende que para que termine esta realidad brutal que hace más de un siglo y medio pesa sobre nosotros, en los cambios estructurales económicos se requiere un profesional comprometido con el cambio social; se requiere un profesional que no se sienta un ser superior porque sus padres tuvieron el dinero suficiente para que él ingresara a una universidad. Se necesita un profesional con conciencia social que entienda que su lucha, si es arquitecto, es para que se construyan las casas necesarias que el pueblo necesita. Se necesita un profesional que, si es médico, levante su voz para reclamar que la medicina llegue a las barriadas populares y, fundamentalmente, a los sectores campesinos.

Se necesitan profesionales que no busquen engordar en los puestos públicos, en las capitales de nuestras patrias. Profesionales que vayan a la provincia; que se hundan en ella.

Por eso yo hablo así aquí en esta Universidad de Guadalajara, que es una universidad de vanguardia, y tengo la certeza que la obligación patriótica de ustedes es trabajar en la provincia, fundamentalmente, vinculada a las actividades económicas, mineras o actividades industriales o empresariales, o a las actividades agrícolas.

La obligación del que estudió aquí es no olvidar que ésta es una universidad del Estado que la pagan los contribuyentes, que en la inmensa mayoría de ellos son los trabajadores. Y que por desgracia, en esta universidad, como en las universidades de mi patria, la presencia de hijos de campesinos y obreros, alcanza un bajo nivel, todavía.

Por eso, ser joven, en esta época implica una gran responsabilidad; ser joven de México o de Chile; ser joven de América Latina, sobre todo en este Continente que, como he dicho, está marcado por un promedio que señala que somos un Continente joven. Y la juventud tiene que asumir su responsabilidad histórica; tiene que entender que no hay lucha de generaciones, como lo dijera hace un instante; que hay un enfrentamiento social, que es muy distinto, y que pueden estar en la misma barricada de ese enfrentamiento los que hemos pasado —y yo pasé muy poquito de los 60 años; guárdenme el secreto— de los sesenta años, y los jóvenes que puedan tener 18 o 20.

No hay querella de generaciones, y eso es importante que yo lo diga. Además, la juventud debe entender su obligación de ser joven, y si es estudiante, darse cuenta que hay otros jóvenes que, como él, tienen los mismos años, pero que no son estudiantes. Y si es universitario, con mayor razón mirar al joven campesino o al joven obrero, y tener un lenguaje de juventud, no un lenguaje sólo de estudiante universitario, para universitarios.

Pero el que es estudiante tiene una obligación porque tiene más posibilidades de comprender los fenómenos económicos y sociales y las realidades del mundo; tiene la obligación de ser un factor dinámico del proceso de cambio, pero sin perder los perfiles, también, de la realidad.

La revolución no pasa por la universidad, y esto hay que entenderlo; la revolución pasa por las grandes masas; la revolución la hacen los pueblos; la revolución la hacen, esencialmente, los trabajadores.

Y yo comparto el pensamiento que aquí se ha expresado —y el Presidente Echeverría lo ha señalado muchas veces—, que yo también lo he dicho en mi patria. Allí luchamos por los cambios dentro de los marcos de la democracia burguesa, con dificultades mucho mayores, en un país donde los poderes de Estado son independientes, y en el caso nuestro, la Justicia, el Parlamento y el Ejecutivo. Los trabajadores que me eligieron están en el Gobierno; nosotros controlamos una parte del Poder Ejecutivo, somos una minoría en el Congreso. El Poder Judicial es autónomo, y el Código Civil de mi patria tiene 100 años. Y si yo no critico en mi patria el Poder Judicial, menos lo voy a hacer aquí. Pero indiscutiblemente, hay que pensar que esas leyes representaban otra época y otra realidad. No fueron leyes hechas por los trabajadores que estamos en el Gobierno; fueron hechas por los sectores de la burguesía que tenían el Ejecutivo, el poder económico, y que eran mayoría en el Congreso Nacional.

Sin embargo, la realidad de Chile, su historia y su idiosincracia, sus características, la fortaleza de su institucionalidad, nos llevó a los dirigentes políticos a entender que en Chile no teníamos otro camino que el camino de la lucha electoral. ¡Y ganamos por ese camino!, que muchos no compartían, fundamentalmente como consecuencia del pensamiento generado en este Continente después de la Revolución Cubana; y con la asimilación, un poco equivocada, de la divul-

gación de tácticas, en función de la interpretación que hacen los que escriben sobre ellas, nos hemos encontrado en muchas partes, y ahora se ha dejado un poco, la idea del foquismo, de la lucha guerrillera o del ejército popular.

CARA IV
Duración:
21' 42"

Yo tengo una experiencia que vale mucho. Yo soy amigo de Cuba; soy amigo, hace 10 años, de Fidel Castro; fui amigo del comandante Ernesto "Che" Guevara. Me regaló el segundo tomo de su libro "Guerra de Guerrillas"; el primero se lo dio a Fidel. Yo estaba en Cuba cuando salió, y en la dedicatoria que me puso, dice lo siguiente: "A Salvador Allende, que por otros medios trata de obtener lo mismo." Si el comandante Guevara firmaba una dedicatoria de esta manera, es porque era un hombre de espíritu amplio que comprendía que cada pueblo tiene su propia realidad; que no hay receta para hacer revoluciones. Y que por lo demás, los teóricos del marxismo —y yo declaro que soy un aprendiz tan sólo; pero no niego que soy marxista— también trazan con claridad los caminos que pueden recorrerse frente a lo que es cada sociedad, cada país.

De allí, entonces, que es útil que la juventud, y sobre todo la juventud universitaria, que no puede pasar por la universidad al margen de los problemas de su pueblo, entienda que no puede hacerse del balbuceo doctrinario la enseñanza doctrinaria; de entender que el denso pensamiento de los teóricos de las corrientes sociológicas o económicas quieren un serio estudio; que si es cierto que no hay acción revolucionaria sin teoría revolucionaria, no puede haber la aplicación voluntaria o la interpretación de la teoría adecuándola a lo que la juventud o el joven quiere. Que tiene que mirar lo que pasa dentro de su país y más allá de la frontera, y comprender que hay realidades que deben ser meditadas y analizadas.

Cuando algunos grupos en mi patria, un poco más allá de la Unidad Popular, en donde hay compañeros jóvenes en cuya lealtad revolucionaria yo creo, pero en cuya concepción de la realidad no creo, hablan, por ejemplo, de que en mi país debería hacerse lo mismo que se ha hecho en otros países que han alcanzado el socialismo, yo les he hecho esta pregunta en voz alta: ¿Por qué, por ejemplo, un país como es la República Popular China, poderoso país, extraordinariamente poderoso país, ha tenido que tolerar la realidad de que Taiwán o de que Formosa esté en manos de Chiang Kai-Shek? ¿Es que acaso la República Popular China no tiene los elementos bélicos, por así decirlo, lo suficientemente poderoso para haber, en dos minutos, recuperado Taiwán, llamado Formosa? ¿Por qué no lo ha hecho? Porque, indiscutiblemente, hay problemas superiores de la responsabilidad política; porque el proceder así, colocaba a la República Popular China en el camino de una agresión que podría haber significado un daño para el proceso revolucionario, y quizá una conflagración mundial.

¿Quién puede dudar de la voluntad de acción, de la decisión, de la conciencia revolucionaria de Fidel Castro? ¿Y por qué la Bahía de Guantánamo no la ha tomado? Porque no puede ni debe hacerlo; ni debe hacerlo, porque expondría a su Revolución y a su patria a una represalia brutal.

Entonces, uno se encuentra a veces con jóvenes, y los que han leído el Manifiesto comunista, o lo han llevado largo rato debajo del brazo, creen que lo han asimilado y dictan cátedra y exigen actitudes y

critican a hombres que, por lo menos, tienen consecuencia en su vida. Y ser joven y no ser revolucionario es una contradicción hasta biológica; pero ir avanzando en los caminos de la vida y mantenerse como revolucionario en una sociedad burguesa, es difícil.

Un ejemplo personal: yo era un orador universitario de un grupo que se llamaba Avance; era el grupo más vigoroso de la izquierda. Un día se propuso que se firmara, por el grupo Avance, un manifiesto —estoy hablando del año 1931— para crear en Chile los soviets de obreros, campesinos, soldados y estudiantes. Y yo dije que era una locura, que no había ninguna posibilidad, que era una torpeza infinita y que no quería, como estudiante, firmar algo que mañana, como un profesional, no iba a aceptar.

Éramos 400 los muchachos de la universidad que estábamos en el grupo Avance. 395 votaron mi expulsión; de los 400 que éramos, sólo dos quedamos en la lucha social. Los demás tienen depósitos bancarios, algunos en el extranjero; tuvieron latifundios, ¡se los expropiamos!; tenían acciones en los bancos, ¡también se los nacionalizamos!; y a los de los monopolios les pasó lo mismo. Pero en el hecho, dos hemos quedado; y a mí me echaron por reaccionario; pero los trabajadores de mi patria me llaman "el compañero Presidente".

Por eso, el dogmatismo, el sectarismo, debe ser combatido; la lucha ideológica debe llevarse a niveles superiores, y eso sí que es importante. El diálogo, la discusión, pero la discusión para esclarecer, no para imponer determinadas posiciones. Y, además, el estudiante universitario que tiene una postura doctrinaria y política, tiene, fundamentalmente, que no olvidarse que precisamente la revolución necesita los técnicos y los profesionales.

Ya Lenin lo dijo —yo he aumentado la cifra para impactar más en mi patria—, Lenin dijo que un profesional, un técnico, valía por 10 comunistas; yo digo que por 50, y por 80 socialistas, yo soy socialista. Les duele mucho a los compañeros míos que yo diga eso; pero lo digo, ¿por qué? Porque he vivido una politización en la universidad, llevada a extremos tales que el estudiante olvida su responsabilidad fundamental; pero una sociedad donde la técnica y la ciencia adquieren los niveles que ha adquirido la sociedad contemporánea, ¿cómo no requerir precisamente capacidad y capacitación a los revolucionarios? Por lo tanto, el dirigente político universitario tendrá más autoridad moral, si acaso es también un buen estudiante universitario.

Yo no le he aceptado jamás a un compañero joven que justifique su fracaso porque tiene que hacer trabajos políticos; tiene que darse el tiempo necesario para hacer los trabajos políticos, pero primero están los trabajos obligatorios que debe cumplirse como estudiante de la universidad. Ser agitador universitario y mal estudiante, es fácil; ser dirigente revolucionario y buen estudiante, es más difícil. Pero el maestro universitario respeta al buen alumno, y tendrá que respetar sus ideas, cualesquiera que sean.

Por eso es que la juventud en el mundo contemporáneo, y sobre todo la juventud de Latino América, tiene una obligación contraída con la historia, con su pueblo, con el pasado de su patria. La juventud no puede ser sectaria; la juventud tiene que entender, y nosotros en Chile hemos dado un paso trascendente: la base política de mi Gobierno está formada por marxistas, por laicos y cristianos, y respetamos el pensamiento cristiano, cuando ese pensamiento cristiano

interpreta el Verbo de Cristo, que echó a los mercaderes del templo.

¡Claro que tenemos la experiencia de la Iglesia, vinculada al proceso de los países poderosos del capitalismo e, incluyendo, en los siglos pasados y en la primera etapa de ésta, no a favor de los humildes como lo planteaba el Maestro de Galilea; pero si los tiempos han cambiado y la conciencia cristiana está marcando la consecuencia por el pensamiento honesto, en la acción honesta, los marxistas podemos coincidir en etapas programáticas como pueden hacerlas los laicos y lo hemos hecho en nuestra patria ¡y nos está yendo bien!, y conjugamos una misma actitud y un mismo lenguaje frente a los problemas esenciales del pueblo, porque un obrero sin trabajo, no importa que sea o no sea marxista, no importa que sea o no sea cristiano, que no tenga ideología política, es un hombre que tiene derecho al trabajo, ¡y debemos dárselo nosotros!

Por eso el sectarismo, el dogmatismo, el burocratismo que congela las revoluciones, y ese es un proceso de concientización, que es muy profunda y que debe comenzar con la juventud; pero la juventud está frente a problemas que no son sólo económicos, son problemas que lamentablemente se manifiestan con mayor violencia destructiva en el mundo contemporáneo.

El escapismo, el drogismo, el alcoholismo. ¡Cuántos son los jóvenes, de nuestros jóvenes países, que han caído en la mariguana —que es más barata que la cocaína y más fácil de acceso! ¿Pero cuántos son los jóvenes de los países industrializados? El porcentaje no sólo por la densidad de población, sino por los medios económicos, es mucho mayor.

¿Qué es esto, qué significa, por qué la juventud llega a eso? ¿Hay frustración? ¿Cómo es posible que el joven no vea que su existencia tiene que tener un destino muy distinto al que escabulle su responsabilidad?

¿Cómo un joven no va a mirar, en el caso de México, a Hidalgo o a Juárez, a Zapata o a Villa, o a Lázaro Cárdenas? ¡Cómo no entender que esos hombres fueron jóvenes también, pero que hicieron de sus vidas un combate constante y una lucha permanente!

¿Cómo la juventud que sabe que su propio porvenir está cercado por la realidad económica, que marca los países dependientes? Porque si hay algo que debe preocuparnos, también, a los gobernantes, es no seguir entregando cesantes ilustrados a nuestra sociedad.

¿Cuántos son los miles de jóvenes que egresan de los politécnicos o de las universidades que no encuentran trabajo? Yo leí hace poco un estudio de un organismo internacional importante, que señalaba que para América Latina, en el final de esta década, se necesitaban —me parece— cerca de seis millones de nuevas ocupaciones, en un continente donde la cesantía marca los niveles que yo les he dicho. Los jóvenes tienen que entender, entonces, que están enfrentados a estos hechos y que deben contribuir a que se modifiquen las condiciones materiales, para que no haya cesantes ilustrados, profesionales con títulos de arquitectos sin construir casas, y médicos sin atender enfermos, porque no tienen los enfermos con qué pagarle, cuando lo único que faltan son médicos para defender el capital humano, que es lo que más vale en nuestros países.

Por eso, repito —y para terminar mis palabras— pidiendo excusas a ustedes por lo excesivo de ellas, que yo que soy un hombre que pasó por la universidad, he aprendido mucho más de la universidad de la vida: he aprendido de la madre proletaria en las

barriadas marginales; he aprendido del campesino, que sin hablar-me, me dijo la explotación más que centenaria de su padre, de su abuelo o de su tatarabuelo; he aprendido del obrero, que en la industria es un número o era un número y que nada significaba como ser humano, y he aprendido de las densas multitudes que han tenido paciencia para esperar.

Pero la injusticia no puede seguir marcando, cerrando las posibilidades del futuro a los pueblos pequeños de éste y de otros continentes. Para nosotros, las fronteras deben estar abolidas y la solidaridad debe expresarse con respeto a la autodeterminación y la no intervención, entendiendo que puede haber concepciones filosóficas y formas de gobierno distintas, pero que hay un mandato que nace de nuestra propia realidad que nos obliga —en el caso de este continente— a unirnos; pero mirar más allá, inclusive, América Latina y comprender que nacer en África hay todavía millones y millones de seres humanos que tienen una vida inferior a la que tienen los más postergados y preferidos seres de nuestro continente.

Hay que entender que la lucha es solidaria en escala mundial; que frente a la insolencia imperialista sólo cabe la respuesta agresiva de los países explotados.

Ha llegado el instante de darse cuenta cabalmente que los que caen luchando en otras partes por hacer de sus patrias países independientes, como ocurre en Vietnam, caen por nosotros con su ejemplo heroico.

Por eso, sin decir que la juventud será la causa revolucionaria y el factor esencial de las revoluciones, yo pienso que la juventud por ser joven, por tener una concepción más diáfana, por no haberse incorporado a los vicios que traen los años de convivencia en nuestra sociedad, burguesa, porque la juventud que debe entender que debe ser estudiante y trabajador; porque el joven debe ir a la empresa, a la industria o a la tierra. ¡Porque ustedes deben hacer trabajos voluntarios; porque es bueno que sepa el estudiante de Medicina cuánto pesa un fardo que se echa a la espalda el campesino que tiene que llevarlo, a veces, a largas distancias; porque es bueno que el que va a ser ingeniero se meta en el calor de la máquina, donde el obrero a veces, en una atmósfera inhóspita, pasa largos y largos años de su oscura existencia; porque la juventud debe estudiar y debe trabajar, porque el trabajo voluntario vincula, amarra, acerca, hace que se compenetre el que va a ser profesional con aquél que tuvo por herencia las manos callosas de los que, por generaciones, trabajaron la tierra.

Por eso, ¡gracias, Presidente y amigo, por haberme dado la oportunidad de fortalecer mis propias convicciones, y la fe en la juventud frente a la actitud de ustedes!

¡Gracias por comprender el drama de mi patria que es, como dijera Pablo Neruda, un Vietnam silencioso! No hay tropas de ocupación ni poderosos aviones nublan los cielos limpios de mi tierra; pero estamos bloqueados económicamente, pero no tenemos créditos, pero no podemos comprar repuestos, pero no tenemos cómo comprar alimentos y nos faltan medicamentos! ¡Y para derrotar a los que así proceden, sólo cabe que los pueblos entiendan quiénes son sus amigos y quiénes son sus enemigos!

¡Y yo sé, por lo que he vivido, que México ha sido y será —y gracias por ello— amigo de mi patria!

Dr. Guillermo Soberón Acevedo
Rector de la UNAM

Dr. Fernando Pérez Correa
Secretario General Académico

Ing. Gerardo Ferrando Bravo
Secretario General Administrativo

Arq. Jorge Fernández Varela
Coordinador de Extensión Universitaria

Lic. Gerardo Estrada Rodríguez
Director General de Difusión Cultural

Marisa Magallón
Departamento de Grabaciones